

I

LA LEYENDA DEL REINO ETÉREO

~**C**uentan que, más allá de los Montes de Hielo, más allá de la Ciudad de Cristal, habita la Emperatriz en un deslumbrante palacio, tan grande que sus torres más altas rozan las nubes, y tan delicado que parece creado con gotas de lluvia. Dicen que la Emperatriz es tan bella que nadie puede mirarla a la cara sin perder la razón; dicen también que es inmortal y que lleva miles de años viviendo en su palacio, en el Reino Etéreo, un lugar de maravilla y misterio que aguarda a todos los que son lo bastante osados como para aventurarse hasta él. Allí, en el palacio de la Emperatriz, no existe el sufrimiento, ni se pasa frío, y no es necesario comer, porque nunca se tiene hambre...

Aquella fue la primera vez que Bipa oyó hablar del Reino Etéreo y su Emperatriz. Entonces tenía siete años. Esa noche, ajenos a la violenta tormenta de nieve que sacudía el hogar de Nuba, nueve niños escuchaban el cuento con atención. Fascinados, contemplaban a la mujer con la boca abierta y los ojos brillantes.

Todos menos Bipa, que miraba a un lado y a otro, visiblemente incómoda. Nuba suspiró para sus adentros. Resultaba muy difícil atrapar a aquella niña en la red que tejía la magia de las palabras.

—¿Qué te pasa, Bipa? —le preguntó con amabilidad—. ¿No te gusta el cuento?

Bipa dudó un instante, pero finalmente confesó:

—No mucho —detectó las miradas, entre extrañadas y hostiles, de los otros niños. Pero ya estaba lanzada y no se detuvo—: Es un cuento absurdo. No existe ese palacio de la Emperatriz, son todo mentiras —Bipa debería haber captado entonces el brillo de tristeza de los ojos de Nuba, debería haber prestado atención a los murmullos de los otros niños; pero siguió hablando sin ser consciente de lo crueles que podían llegar a ser sus palabras—. Nadie puede vivir para siempre, ni siquiera esa Emperatriz. ¿Y cómo va la gente a volverse loca si la mira? Por muy guapa que sea, nadie se volvería loco sólo por mirar a otra persona. Además, si pasas mucho tiempo sin comer, te mueres. Eso lo sabe todo el mundo —concluyó con un cierto tono de reproche, como echándole en cara que mintiera a los niños, o que los considerara tan estúpidos como para creerse esos disparates.

Nuba no respondió. Sólo siguió mirándola, y Bipa empezó a intuir que sus palabras la habían herido, aunque no alcanzaba a comprender por qué.

—Sólo es un cuento, Bipa —intervino una de las niñas mayores.

—Pues es un cuento tonto, una pérdida de tiempo —replicó ella, molesta por el tono burlón y autosuficiente

de la otra—. ¿De qué nos sirve que nos cuenten cuentos sobre cosas que no existen?

—Tú dices que no existen —intervino de pronto una voz desafiante—. ¿Cómo lo sabes? ¿Alguna vez has atravesado los Montes de Hielo?

Bipa se volvió hacia el niño que acababa de hablar; lo conocía, porque en las Cuevas todo el mundo se conocía, pero no había tratado mucho con él. Se llamaba Aer, y era el único hijo de Nuba.

Aer... Todo en él era extraño, desde su nombre hasta sus ojos, más claros que los de cualquier otra persona que Bipa conociera. A diferencia de ella, y de los otros niños, Aer era más bien delgado, hablaba poco y, por el contrario, se fijaba mucho en todo. Constantemente estaba desapareciendo y regresando en los momentos más inesperados. Prestaba atención a cosas sin importancia y, al mismo tiempo, parecía desdeñar lo cotidiano, lo evidente, todo aquello en lo que cualquier persona sensata debería invertir su tiempo.

Quizá por esta razón, en las pocas ocasiones en las que hablaba decía cosas extrañas.

A Bipa no le caía bien. Al resto de la gente, ni bien, ni mal.

—Sé lo que veo —replicó ella—. Es verdad que no conozco lo que hay más allá de los Montes de Hielo, pero, ¿para qué quiero saberlo? No voy a ir nunca hasta allí. ¿Qué me importan a mí la Emperatriz y su palacio?

—Pues yo iré —replicó Aer—. Cruzaré los Montes de Hielo y la Ciudad de Cristal, y veré a la Emperatriz.

Tras esta sorprendente revelación, todos quedaron mudos como estatuas; sólo se oyó el débil suspiro de Nuba, que se fundió con el sonido del viento que bramaba en el exterior.

Y entonces sonó de nuevo la voz de Bipa:

—¿Para qué?

Aer se mostró desconcertado. Abrió la boca para responder, pero no se le ocurrió nada inteligente que decir. Los francos ojos oscuros de Bipa se clavaron en los suyos, interrogantes.

Los otros niños empezaron a murmurar:

—Es verdad, ¿para qué querría nadie ir a los Montes de Hielo?

—¿Y vivir en un palacio donde nunca se come?

—Si no comen nunca, no tendrán que trabajar en los huertos ni cuidar del ganado.

—¿Es verdad! ¿Y qué hacen entonces los que viven con la Emperatriz?

—¡Jugar todo el día!

—¿Incluso los mayores?

—Además —razonó Bipa—, si te marchases de aquí, tu madre se pondría muy triste.

De nuevo, los niños enmudecieron. Todos a una, se volvieron hacia Nuba. La mujer había girado la cabeza y se había cubierto los ojos para que no la vieran llorar, pero los rastros de sus lágrimas aparecían claramente marcados en sus mejillas.

Aer se levantó, sin una palabra, y corrió a su regazo para consolarla.

Nadie dijo nada. Aunque no solían hablar de ello, porque no valía la pena ni le iba a ser de utilidad a la pobre Nuba, todos, incluso los niños como Bipa, sabían que, tiempo atrás, el padre de Aer se había marchado de las Cuevas y nunca había regresado.

Se suponía que había muerto en los Montes de Hielo.

Ésa era otra de las cosas que Bipa sabía, porque los niños de las Cuevas las aprendían a edad muy temprana: lejos de los cálidos hogares de su gente, lejos de los túneles y de sus acogedoras lumbres, el mundo era frío y hostil.

Todos aquellos que se alejaban de las Cuevas morían congelados al poco tiempo.

¿Para qué querría nadie, y menos un niño como Aer, abandonar el único lugar seguro que todos conocían? En las Cuevas había comida, abrigo y calidez. En opinión de Bipa, y de la mayor parte de la gente, ni todas las maravillas del palacio de aquella Emperatriz de leyenda podrían competir con eso.

—No vale la pena pensar en ello —le dijo Bipa a Aer en voz baja—. Nada de lo que puedas encontrar ahí fuera puede ser mejor que lo que dejarías atrás.

Y dirigió una mirada significativa a Nuba.

Aer apretó los dientes y optó por callar.

Tampoco los demás añadieron nada. Las reflexivas palabras de Bipa les habían dejado sin ganas de hablar ni de escuchar más cuentos.

Una de las niñas mayores se levantó para servirle a Nuba una infusión caliente. Otro de los niños le trajo una manta.

En un mundo como el suyo, una manta y una taza de una bebida caliente suponían mejor consuelo que las palabras. Pero a Nuba resultaba difícil consolarla. Nuba era frágil y melancólica y, aunque se esforzaba por mostrar el talante práctico y resuelto que caracterizaba a todas las mujeres de las Cuevas, a menudo la sorprendían mirando al horizonte con un brillo de nostalgia en la mirada.

Pese a su debilidad y su tendencia a fantasear, Nuba era cálida y dulce, y todos la querían. Cuidaban de ella como si fuese un niño más, o una anciana que no pudiese valerle por sí misma.

Se lo consentían todo, porque en el fondo sabían que no había ningún palacio ni existía ninguna Emperatriz, y que el padre de Aer jamás volvería. Y había sido un joven tan extraordinario que, desde el mismo instante en que sus ojos, claros y brillantes como un cristal de nieve, se habían cruzado con los de ella, años atrás, la habían condenado a no poder amar jamás a ningún otro hombre.

Los niños no estaban al tanto de todo esto. Eran demasiado pequeños como para haber asistido a la breve pero intensa relación que ambos habían compartido, y de la cual ya sólo quedaban un niño extraño e inquieto y un cúmulo de recuerdos tan frágiles e inalcanzables como el palacio de cristal de aquella mítica Emperatriz.

Los niños sólo tenían claro que había que cuidar a Nuba porque estaba sola; que había que mimarla porque estaba triste. Y que eso se debía a que el padre de Aer no iba a volver.

Quien mejor lo entendía era, precisamente, Bipa. También su familia se componía únicamente de dos miembros. Su madre había fallecido al darla a luz a ella, y su padre, aunque vivía en apariencia tranquilo y satisfecho consigo mismo y con su vida, mostraba a veces, cuando creía que Bipa no se daba cuenta, aquel brillo nostálgico en la mirada que tan a menudo alumbraba los ojos cansados de Nuba.

Por todo ello, Bipa era extraordinariamente madura para su edad. Los niños de las Cuevas eran, en realidad, sensatos y responsables a edades muy tempranas —con la probable excepción de Aer—. Pero en cuanto a pragmatismo y sentido común, sin duda Bipa los ganaba a todos. Quizá porque debía hacer de madre a la vez que de hija, o simplemente porque su padre siempre la había tratado como a una persona mayor.

Lo que sí quedaba claro era que aquella madurez prematura todavía no le había enseñado a tener tacto o un mínimo de empatía: decía las cosas tal y como las pensaba sin detenerse a considerar las consecuencias.

—Ya está, ya está —sonrió Nuba, envolviéndose en la manta y echando un vistazo a las nueve caritas preocupadas—. Ha sido sólo un desahogo. Olvidémonos del cuento, ¿de acuerdo? Podemos hacer otra cosa —añadió, mirando de reojo a Aer.

El niño había desviado la vista, sombrío.

Podría haber tomado las historias de su madre como lo hacían el resto de personas de las Cuevas: cuentos infantiles para entretener a los niños, bellos y emocionantes, pero sin ninguna base real.

Pero no lo hacía, en primer lugar, porque su madre sí creía en la Emperatriz y en su palacio, y en un reino legendario más allá de los Montes de Hielo. En segundo lugar, porque aquellas historias se las había enseñado su padre. Y en tercer lugar, porque aceptar que no había nada más allá suponía darlo por muerto. Y, dado que su madre no lo hacía, a Aer le resultaba imposible dejar de creer que un día podría regresar, o, incluso, que los estaba esperando en el palacio de la Emperatriz.

Pero su madre nunca tendría valor para abandonar las Cuevas. ¿Sería capaz él de partir y dejarla atrás?

«Nada de lo que puedas encontrar ahí fuera...»

De pronto sonaron unos golpes en la puerta.

Los niños, que habían estado ordenando la habitación y armando un revuelo considerable, en un intento de ayudar a Nuba, callaron y prestaron atención.

Se oyó una voz desde fuera:

—¿Nuba? ¿Niños?

—¡Es mi padre! —exclamó alguien.

—La tormenta debe de haber amainado ya —dijo Nuba, con un suspiro—. Es hora de que volváis a casa.

Uno por uno, los padres llegaron al hogar de Nuba para recoger a sus hijos.

El último fue Topo, el padre de Bipa.

Siempre era el último en llegar. Los niños no eran aún lo bastante perspicaces como para captar que lo hacía para poder pasar un rato a solas con Nuba, pero Aer sí se había fijado.

No le molestaba. El padre de Bipa le caía bien —al contrario que la niña—, aunque sabía que él y su madre nunca llegarían a nada.

El corazón de Nuba se lo había llevado el hombre que una mañana se perdió entre la cortina de nieve y nunca más volvió.

Topo entró resoplando, como siempre hacía. Guiñó un ojo a Nuba y a los niños.

—¡Qué frío hace! Más que ayer, pero menos que mañana.

Bipa rió, y Nuba le dedicó una cálida sonrisa. Topo se acercó al fuego a calentarse las manos, advirtió que crepitaba con desgana y echó más carbón. Las llamas se alzaron más altas, inundando la casa con su calor.

—¿Habéis aprovechado la tarde? —preguntó Topo.

—Mi madre nos ha estado contando un cuento —dijo Aer con cierto rencor—, pero la tonta de Bipa lo ha estropeado.

—¡Aer! —lo reconvino Nuba.

Bipa, que había estado recogiendo sus cosas y ajustándose la capa, preparada ya para salir, se detuvo de pronto.

—¿A quién llamas tonta, larguirucho?

—¡A la que mete la pata y habla cuando se tiene que quedar callada!

—¿Ah, sí? ¡Pues yo hablo cuando me da la gana, para que lo sepas! ¡Pero no soy tan bocazas como tú, que vas y le sueltas a tu madre...!

—¡Silencio! —tronó Topo.

De pronto, su expresión afable se había esfumado. Miró a Bipa con severidad.

—¡Ha empezado él! —protestó la niña—. ¡Tú lo has visto!

—Quiero que te disculpes ante Nuba y Aer, Bipa.

Bipa entornó los ojos.

—Sólo si Aer se disculpa primero.

Aer se volvió hacia su madre, pero ella no dijo nada. Parecía ausente; las escenas de tensión, las riñas y las discusiones la turbaban y la dejaban en un estado de cierta perplejidad.

—Bipa, discúlpate —insistió Topo, severo.

Ella miró a Aer, iracunda. En otras circunstancias, tal vez habría obedecido. A regañadientes, pero habría pedido perdón, porque no le servía para nada estar enfadada con alguien, y Bipa era, ante todo, una niña pragmática. Pero Aer, tan raro, tan insolente, tan cabeza hueca, le sacaba de sus casillas. Y teniendo en cuenta que era él quien se saltaba las normas, y hacía y decía lo que se le antojaba, una y otra vez, sin recibir reproches o castigos, no lo consideró justo.

—Sólo si Aer se disculpa primero —repitió despacio, tozuda.

—Si no pides disculpas, te irás a la cama sin cenar.

Las tripas de Bipa protestaron al oírlo, pero ella apretó los dientes y no cedió. Clavó sus ojos desafiantes en Aer y declaró:

—Pues no cenaré. Pero creo que Aer también se ha portado mal y también debería irse a la cama sin cenar si no pide perdón.

La mano de Topo aferró el brazo de Bipa con tanta fuerza que le hizo daño.

—Mis disculpas a los dos en nombre de mi hija —dijo con voz grave—. Por su mal comportamiento estará cas-

tigada esta noche sin cenar. Espero que eso le haga reflexionar y mañana venga ella misma a pedirnos perdón.

—Topo, no es necesario... —empezó Nuba, pero no terminó la frase: la mirada del hombre no admitía réplica.

Bipa fue llevada a rastras de la casa de Nuba a la suya propia. Antes de salir, cruzó una última mirada con Aer, y a los dos se les escapó un bufido de indignación.

Y a pesar de que, como de costumbre, el paisaje estaba nevado y hacía muchísimo frío, Bipa se sentía acalorada y llena de energía. Se preguntaba cómo era posible que una mujer tan dulce como Nuba tuviese por hijo a semejante alcornoque.

Y aquella noche, mientras trataba de dormir a pesar del vacío de su estómago, su antipatía hacia Aer creció todavía más.

«Ese niño y yo nunca nos llevaremos bien», se dijo. Lo cual era una lástima, porque discutir constantemente con alguien acababa enseguida con las fuerzas de uno, y además no servía para nada.

Al día siguiente, Bipa fue a disculparse. Pero aprovechó un momento en que sabía que Nuba estaba sola, para no tener que pasar el trago de pedir perdón a Aer también.

«No —pensó, mientras se alejaba del hogar de Nuba y se internaba en otro de los túneles, en dirección a los huertos, donde tenía que ayudar aquella mañana—, Aer y yo nunca nos llevaremos bien.»

A pesar de todo, la hostilidad entre ambos niños nunca llegó a ser un enfrentamiento abierto. En los años siguien-

tes se ignoraron el uno al otro, sacándose la lengua como mucho, cuando se cruzaban, o dirigiéndose alguna pulla que no llegaba a cristalizar en una verdadera discusión.

El tiempo se deslizó perezosamente por las vidas de los habitantes de las Cuevas.

Dado que siempre era invierno allí, la mejor manera que tenían de medir el transcurso de los años era viendo crecer a sus hijos.

Bipa se convirtió en una muchacha seria, responsable y trabajadora. Pero también era pragmática hasta la exasperación y solía hablar con una descarnada franqueza que a veces resultaba avasalladora. La temeridad y la despreocupación propias de la adolescencia no la habían afectado a ella. En apariencia, Bipa se había saltado aquella fase y, cuando las curvas femeninas apenas empezaban a redondear su cuerpo, fuerte y robusto, ella se comportaba ya con la gravedad de una mujer adulta. Las otras chicas estaban en la edad de coquetear y mirar disimuladamente a los chicos, y de sonrojarse y reír si ellos les devolvían la mirada. Estaban en la edad de soñar despiertas y de imaginar cómo sería su futuro; de contemplarse en las heladas aguas del arroyo y verse ya más mujeres que niñas, como mariposas emergiendo de la crisálida.

Bipa no tenía tiempo para esas cosas. Trabajaba mucho, al igual que su padre, y siempre encontraba tareas que llevar a cabo, cosas prácticas que ayudaban a hacer su vida un poquito menos incómoda: cubrir la cara interior de la puerta con una nueva capa de pieles para que no se colase el frío por las grietas; buscar hongos comestibles en las

galerías subterráneas; confeccionar zapatos que aislaran los pies adecuadamente a la hora de caminar por la nieve; asegurarse de que nunca faltara carbón para el fuego; cuidar de la pequeña parcela de huerto subterráneo que les correspondía; y, por supuesto, vigilar el rebaño.

Aquella era la tarea que los adultos de las Cuevas le habían encomendado al crecer.

No era un trabajo muy complicado. Las reses, animales cavernarios, pequeños y lanudos, que nada tenían que ver con las vacas y las ovejas de los tiempos antiguos, eran estúpidas y rara vez se alejaban de las grutas adonde Bipa las conducía todos los días. Aquellos animales eran ciegos, y sólo su olfato y su instinto les indicaban la ubicación de los lechos de musgo. Todo lo que Bipa tenía que hacer era asegurarse de que tuviesen agua y alimento a su disposición, y de no descender demasiado por los túneles, ya que en las galerías inferiores era más fácil que el rebaño fuese atacado por algún depredador de las profundidades.

La mayor parte de los jóvenes de su edad encontraban aquel trabajo monótono y aburrido; pero a Bipa le gustaba. La seguridad de las Cuevas le hacía sentirse cómoda. Prefería que hubiese un techo sobre su cabeza y calentarse al abrigo de un buen fuego a quedarse al aire libre, a merced del frío y de la nieve.

Y los días de buen tiempo le gustaban todavía menos. Porque, cuando la capa de nubes se hacía menos pesada, menos oscura, la luz que se filtraba desde arriba, fría, distante y de una cierta tonalidad azul, le hacía estremecerse.

Tampoco echaba de menos a los chicos de su edad. Era cierto que a veces le pesaba la soledad, pero tenía a su padre, que siempre estaba ahí si lo necesitaba, y además, cada vez sentía menos interés por las cosas que hacían las otras chicas. Se llevaba bien con ellas, no las despreciaba ni las evitaba. Era, simplemente, que ya no las comprendía.

Por ejemplo, por más que lo había intentado, no entendía qué podían ver en Aer. El niño descarado y delgado se había convertido en un joven de cabello y ojos marrón claros que contrastaban con el pelo bruno y los ojos oscuros de la gente de las Cuevas. Eso hacía, tal vez, que su figura llamara la atención —también era alto y esbelto, a diferencia del resto de los hombres, por lo general más robustos, de la comunidad— y que las muchachas se fijaran en él solo porque era diferente.

Pero ahí se acababa todo. Porque Aer seguía siendo el mismo chiquillo rebelde e independiente, desapareciendo y reapareciendo donde uno menos se lo esperaba, concentrado en ideas extravagantes y proyectos irrealizables que lo hacían descuidar sus tareas cotidianas, y a menudo constituía un verdadero dolor de cabeza para la gente de la comunidad.

Cuando sus amigas suspiraban por Aer, Bipa movía la cabeza y trataba de hacerles comprender que ninguna chica con dos dedos de frente podría ser feliz junto a aquel botarate. Ellas la miraban, incrédulas, preguntándose tal vez si Bipa era una mujer de verdad, o si acaso estaría ciega.

Porque, la verdad sea dicha, Aer tenía una sonrisa arrebatadora y una mirada pícara a la que ninguna chica po-

día resistirse. Y lo que lo hacía aún más atractivo era el hecho de que el joven todavía no se hubiera fijado en ninguna muchacha en concreto.

—Te convendría olvidarle —le aconsejó Bipa una vez a una de sus amigas—. Porque terminará marchándose, como su padre, y tú te quedarás sola y amargada, como su madre. Además, sé de alguien que está loco por ti.

Porque, curiosamente, a pesar de que Bipa nunca protagonizaba ninguno de los escarceos juveniles que florecían en la comunidad, siempre parecía ser partícipe de todos ellos. Tal vez porque no les concedía importancia, o porque no tenía pelos en la lengua, lo cierto era que muchos jóvenes, tanto chicos como chicas, la utilizaban como confidente.

—¡Déjate de tonterías y díselo! —se exasperaba ella.

—Es que... ¿y si no le gusto?

—Muy bien, pues se lo digo yo y así saldrás de dudas; dejarás de perder el tiempo y de hacérmelo perder a mí.

Pero nunca, jamás, fue a darle ningún recado a Aer de parte de ninguna chica.

—Creo sinceramente que no te conviene y por eso no se lo voy a decir —argumentaba—. Pero si tan convencida estás, adelante, díselo tú misma.

Luego nunca preguntaba a la enamorada si había osado declararse, y, en tal caso, cuál había sido el resultado. No le interesaba. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Aer y ella no habían tenido una larga conversación en serio desde niños, cuando discutieron en el hogar de Nuba aquella tarde de tormenta.

Aquello cambió una mañana en que Bipa condujo al rebaño a través de las galerías orientales, en busca de nuevos pastos. Descubrió una cueva de buen tamaño que tenía un lecho de musgo lo suficientemente extenso como para dar de comer a todo el rebaño durante varios días. Se aseguró de tener controladas todas las posibles salidas, colocó la lámpara en alto y, con los brazos en jarras, miró a su alrededor, mientras las reses se arrastraban en torno a ella. Descubrió un hilillo de agua que se deslizaba por la pared, formando un pequeño remanso en el suelo, y asintió, satisfecha.

Y entonces vio las pinturas.

Al principio creyó que eran simples manchas, pero luego se dio cuenta de que formaban figuras, y que debían de haber sido dibujadas por una mano humana. Frunció el ceño, tomó la lámpara y la alzó para observarlas mejor.

Sí, aquellos trazos representaban a personas. Eran sencillos, esquemáticos, pero se apreciaba su significado con toda claridad.

Parecía una cacería. Las presas eran animales de gran tamaño, comparadas con las figuras humanas, y la mano anónima que las había plasmado en aquella pared había aprovechado la protuberancia de la roca para moldear sus cuerpos, pintados con tonos rojizos y terrosos, colores cálidos que inspiraron en Bipa una inexplicable sensación de añoranza.

No se preguntó qué clase de animales serían. Era cierto que todas las criaturas que conocía, seres cavernarios en su mayoría, eran muy diferentes de los animales representa-

dos en la pared. Pero también daba por hecho que los túneles se hundían muy profundamente en la tierra y que nadie sabía qué podía ocultarse allí. Y, dado que ella no pensaba bajar para averiguarlo y dudaba mucho de que las criaturas de las profundidades se molestaran en subir a la superficie, no sentía tampoco el menor interés por investigar más.

Pero sí le llamó la atención un círculo rojo que pendía sobre las cabezas de las figuras. Por alguna razón le recordó al fuego de su hogar, y la reconfortó, aunque no dejó de preguntarse, esta vez sí, qué representaría y por qué aparecía suspendido en el aire en el dibujo.

La sobresaltó un sonido a su espalda y se dio la vuelta, con el corazón latiéndole con fuerza. Había una luz que se acercaba, procedente de los corredores, y se oía un ruido chirriante, como si arrastrasen algo muy pesado por el suelo. Alzó la lámpara y exclamó:

—¿Quién va?

No obtuvo respuesta, pero oyó la respiración trabajosa de la persona que se aproximaba. Inquieta, la joven aguardó hasta que el visitante entró en la cueva.